

La respuesta está en las ciudades



Pau Guardans

Presidente de Barcelona Global

1992 fue un año especial. El mundo miraba a Barcelona lleno de admiración por su ejemplar organización de unos magníficos Juegos Olímpicos que la ciudad había aprovechado para dar un nuevo impulso y abrirse al mar, además de modernizar buena parte de sus infraestructuras. Mientras, en Estados Unidos, Fukuyama escribía su famosísimo libro *El fin de la historia y el último hombre*.

Había caído el muro de Berlín, el comunismo había colapsado pocos años antes como ideología y como sistema político (China aparte) y las sociedades modernas se enfrentaban a un futuro sin confrontación ideológica. La democracia liberal y representativa iba a ser el sistema que progresivamente se impondría en el mundo como el sistema. La ideología quedaba sustituida por la economía. La única preocupación que quedaba era gestionar la creación de riqueza y el reparto de ésta de forma equitativa. Todo, en una sociedad en paz. La historia en su sentido evolutivo había terminado, así que el mundo entraba en una nueva era. Casi el *Nirvana*, vamos.

No han pasado ni 30 años y las sociedades occidentales (Estados Unidos, Europa, Japón, etc.) se enfrentan a retos que hacen temblar los cimientos mismos de su arquitectura institucional. Un *tsunami* de agitación política y social sacude los países poniendo en cuestión consensos que parecían inquebrantables. Las sociedades, más divididas que nunca, contemplan complejas el panorama de los fenómenos que han surgido se llamen Trump, Brexit, Salvini, independentismo, populismo, *gilets jaunes*... Estamos muy lejos de esa *Arcadia feliz* que Fukuyama vislumbraba (y muchos asumieron como verdad revelada) hace poco más de dos décadas.

Descontento

No me quisiera detener en las causas sobre cómo hemos llegado a esto. Son múltiples, aunque con raíces comunes en muchos casos. Es indiscutible que la ciudadanía está manifestando un descontento en cómo se están atendiendo y resolviendo sus necesidades más básicas. Acceso a un empleo, a la vivienda, progreso social... Elementos que parecían inquestionables en las sociedades avanzadas han dejado de serlo y en cada sociedad el malestar se manifiesta de formas diversas.



Las ciudades deben **hacer frente a sus desafíos** aprendiendo de otras.

Lo que me parece más relevante es proponer algún camino para salir de esta confusión y empezar a encontrar ámbitos en los que construir soluciones a las causas últimas de esta agitación.

El prestigioso profesor americano Bruce Katz sostiene que es en las ciudades donde la sociedad debe hacer frente a todos estos retos. La ciudad es la primera frontera en la que debemos resolver temas clave, como el acceso a la vivienda, la educación, la integración de los inmigrantes, las oportunidades laborales o de emprendimiento y el acceso a la cultura, entre otros. Es en el ámbito urbano en el que podemos hacer frente a los obstáculos que encuentran los ciudadanos para poder desarrollar su proyecto vital. Es donde se produce el encuentro con la tecnología y podemos ver los mejores ejemplos del progreso que la innovación nos trae.

Las ciudades, no los Estados nación, se conforman en el ámbito político en el que poder atender deman-

“ Es en el ámbito urbano donde podemos hacer frente a los obstáculos que encuentran los ciudadanos ”

“ El siglo XXI es el de las ciudades porque el 50% de la humanidad es urbana y porque la tendencia es imparable ”

das que van desde lo más básico a los retos de sostenibilidad del planeta y el cambio climático. El mundo se está conformando (queramos verlo o no) como *un mundo de ciudades*, de 100 o 150 aglomeraciones urbanas donde se dirimen las cuestiones básicas de nuestro futuro. Algunos llaman a este fenómeno imparable la revolución de las ciudades.

El siglo XXI es el siglo de las ciudades, no solo porque más de la mitad de la humanidad es ya urbana, sino porque la tendencia es imparable. En 50 años, este porcentaje superará

el 60%. No deja de ser paradójico que éste sea el *driver* imparable de un mundo en el que la tecnología (disponible) permitiría exactamente lo contrario; vivir y trabajar desde espacios muy aislados.

Por ello debemos volver a mirar a las ciudades. No como un mero espacio físico en el que se agrupa la población. Sino como modernas polis en las que podremos dar respuesta a los conflictos que el progreso, la globalización, la irrupción tecnológica o la inmigración han provocado a nuestro antiguo paradigma de democracia liberal.

En este contexto, plataformas como Barcelona Global, con casi mil socios, transversal y sin ánimo de lucro, trabajan para que las ciudades, en este caso Barcelona, puedan hacer frente a sus desafíos mirando al mundo, aprendiendo de otras, cuidando su reputación y a sus visitantes (sean turistas, investigadores, estudiantes o emprendedores). Y explicando al mundo que, más allá de la agitación política (que comparten

muchas ciudades) Barcelona, la gran Barcelona de más de 4 millones de ciudadanos, es muchas cosas más.

España es el único gran país de la Unión Europea con más de una ciudad global. Madrid y Barcelona están entre las mejores ciudades del mundo en todos los rankings de calidad de vida, reputación, capacidad de captar talento, emprendedores e innovación. Qué gran oportunidad a la que se pueden sumar Málaga, Valencia, Bilbao o Sevilla.

Ahora solo nos falta que la aprovechemos, que removamos los obstáculos (fiscalidad poco amigable, infraestructuras inacabadas, falta de vivienda asequible, escaso apoyo a la cultura, etcétera) y quizás acabaremos entendiendo que lo relevante en unos años no será si hubo o no agitación política en estos años, sino qué hicimos como país para resolver las causas que la provocaban. ¿La solución? Una agenda de país que ponga a las grandes ciudades en el centro del tablero.